

Título del libro

Caminar erguido: La historia de Gichin Funakoshi

© 2025 Milton Chanes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin permiso previo y por escrito del autor/editor, salvo en el caso de citas breves utilizadas en reseñas, artículos o comentarios críticos.

Edición: Diciembre 2025 - Versión 18

ISBN: 9798269305912 / 9798269311678

ASIN: BoFS1Z37HW

Publicación independiente a través de Amazon KDP.

Diseño y maquetación: Milton Chanes

Portada: Milton Chanes

Impresa y distribuida por Amazon.

Dedicado a mis maestros Julio Campopiano, Rafael Ibáñez Moro y Nelson Carrión, quienes, cada uno a su manera, me guiaron por el camino del dō, enseñándome lo que es correcto y lo que no. También a todos mis compañeros de entrenamiento, en especial a la generación del Goshin—dō en Paysandú, Uruguay, a quienes recuerdo con afecto cada vez que me pongo un karategi, pese a los casi cuarenta años transcurridos y la distancia que nos separa.

Oss

Agradecimiento especial

*Deseo expresar mi profundo agradecimiento al **Sensei Salvador Herráiz**, una eminencia en la investigación de la historia del Karate-Do.*

Gracias a sus artículos, conferencias y generosa cercanía al compartir su conocimiento, esta segunda edición ha podido revisarse y enriquecerse con información más precisa y contrastada.

Su incansable labor, rigor histórico y pasión por preservar la esencia del Karate han iluminado mi camino y dado mayor profundidad a esta obra.

Gracias, Sensei, por su dedicación y por mantener viva la historia de nuestro arte.

Oss.

Caminar erguido

堂々と歩む

Dōdō to ayumu

Novela inspirada en hechos reales

La historia de Gichin Funakoshi

Milton Chanes

Esta obra recrea, con base en hechos documentados, episodios de la vida de Gichin Funakoshi y sus discípulos. Todos los diálogos, escenas y detalles han sido novelados para transmitir la atmósfera de la época.

Prólogo

La vida de Gichin Funakoshi va mucho más allá de la de un simple maestro de artes marciales. Nació en Shuri, Okinawa —el antiguo corazón del Reino de Ryūkyū—, en una familia de clase *shizoku*, herederos de la tradición samurái. Su apellido original fue *Tominakoshi*, luego cambiado a Funakoshi, aunque esto último no está claro cuando ocurrió.

Él mismo, en su libro traducido al inglés como “*Karate-Do: My Way of Life*”, cuenta que tuvo una infancia enfermiza y frágil, y su padre, *Gishū*, pertenecía a una familia que había servido como vasallos a los antiguos nobles del reino.

Para fortalecer su salud, el joven Gichin comenzó a practicar artes marciales, y en ese camino halló mucho más que vigor físico; descubrió una vía moral y espiritual que marcaría el rumbo de su vida.

El encuentro con Ankō Asato y Ankō Itosu fue decisivo. Desde la infancia, Funakoshi se formó bajo la mirada de ambos maestros, y aquella doble tutela orientó toda su juventud. Ya de adulto seguía visitándolos,

aprendiendo de ellos mientras la vida se los permitía, hasta que, uno a uno, fueron apagándose.

Los maestros Asato y Itosu no solo forjaron su técnica, sino también su carácter; le enseñaron que el *Tōde* no era simplemente combate, sino disciplina interior, respeto y formación moral.

Incluso cuando ya ejercía como maestro auxiliar en Okinawa, continuó siendo discípulo fiel de Asato, caminando cada noche hasta su residencia para entrenar bajo la luz tenue de las lámparas; de aquellas largas horas de práctica silenciosa surgió el germen de lo que, con los años y su consagración en Tokio, transformaría aquel arte casi secreto de Okinawa en una disciplina universal, el *Karate-dō*.

Con humildad y perseverancia enseñó en patios abiertos, en salones estudiantiles y en templos, repitiendo siempre el mismo mensaje; el *Tōde* debía ser un camino de vida, no un instrumento de violencia.

Sus escritos, desde *Ryūkyū Kempo Karate* hasta *Karate-dō Kyōhan*, dieron forma a una filosofía que unía tradición, respeto y superación personal.

En 1949, sus discípulos fundaron la *Japan Karate Association* (JKA), con Funakoshi como presidente

honorario, consolidando su legado y formalizando sus enseñanzas.

La historia de Funakoshi es también la del inicio de la expansión del *karate* más allá de Okinawa. Sus demostraciones públicas, la introducción en universidades japonesas y la apertura del primer *dōjō* en Tokio marcaron el comienzo de una difusión que, a través de sus discípulos, lo convertiría en una práctica global.

Sin embargo, su importancia trasciende el ámbito del karate. Si observamos su vida con detenimiento, descubrimos que la verdadera expansión de su legado comenzó en una etapa madura, cuando ya había superado los cincuenta años. Y, aun así, su influencia alcanzó dimensiones extraordinarias. Porque si hoy sumamos a los millones de practicantes de Karate-Dō, ya sea del estilo Shotokan, u otras escuelas creadas por discípulos directos o inspirados de forma indirecta en sus enseñanzas—obtenemos una cifra que desafía toda lógica.

Más aún si consideramos que no se trata de una empresa comercial ni de una marca industrial, sino de un arte marcial: una disciplina íntima, transmitida de persona a persona.

Que una persona como Funakoshi, un maestro, haya originado un movimiento de tal magnitud solo a

través de su ejemplo, su humanidad y su visión del autocontrol, revela la profundidad de su legado y su capacidad de transformar vidas, generaciones y culturas enteras.

Falleció en 1957, a los 88 años, dejando tras de sí no solo un arte marcial, sino una filosofía de vida. Su enseñanza fue immortalizada por sus alumnos en monumentos erigidos en el templo *Engaku-ji* de *Kamakura* y en el *parque Onoyama* de Naha, donde solía meditar.

Pero más allá de fechas y logros, permanece su enseñanza esencial:

空手に先手なし

Karate ni sente nashi

La frase “**En karate no existe el primer ataque**”, que se lee como “*Karate ni sente nashi*”, está grabada para la eternidad en la piedra que lo recuerda, en el templo *Engaku-ji* de *Kamakura*.

Este principio condensa la grandeza de su legado. No habla de imponerse sobre un adversario, sino de conquistarse a uno mismo.

Tampoco habla de buscar el conflicto, sino de vivir con dignidad, respeto y dominio interior.

Así como él mismo escribió; *“El karate es el arte marcial del hombre sabio”* —*Karate wa kunshi no bugei*—, su visión trascendía el combate físico para abrazar el camino del autocontrol y la paz.

Ese espíritu es el que he querido evocar en el título **“Caminar erguido”**.

堂々と歩む

Dōdō to ayumu

El verdadero éxito llega cuando la pasión, la paciencia y la constancia se unen, como en la vida de Funakoshi, que llevó el Karate del silencio de Okinawa al mundo entero.

Este libro no es una biografía exhaustiva, sino un homenaje narrado a la figura de un hombre que, con pasos sencillos pero firmes, enseñó al mundo que la verdadera victoria no consiste en derrotar al otro, sino en perfeccionarse a sí mismo; que el auténtico combate es el que se libra en el interior.

Introducción

La primera vez que me puse un *karategi* fue en 1987. En realidad, no lo era; era un viejo judogi cosido por una modista para mi madre, que había practicado judo un breve tiempo años atrás. Solo tenía un cinturón amarillo y con él me presenté en el Club Remeros Paysandú, en febrero, donde enseñaba Julio Campopiano, un *Sensei* reconocido y respetado en Uruguay, que además había sido compañero de mi madre.

Entrenábamos al aire libre, de noche, bajo el calor intenso del verano. Mis primeras clases no fueron todavía de *Karate—dō*, sino de preparación física, que incluía caídas, hacer muchas abdominales, correr y realizar diferentes ejercicios de resistencia.

¿Por qué me quedé si aún no había aprendido a golpear? No lo sé con certeza. Tal vez porque había algo distinto en el aire, una atmósfera de respeto. Aprendí enseguida lo que significaban *Kōhai*, *Senpai* y *Sensei*.

A la siguiente clase ya tenía mi cinturón blanco, y aquel grupo de desconocidos se convirtió en un círculo de amigos que me acompañan hasta hoy.

El *dōjō* del Club Remeros Paysandú era exigente. El suelo, de hormigón granulado, raspaba como una lija; bastaban unos pocos entrenamientos para que aparecieran las primeras ampollas, hasta que los pies se

curtían. Corríamos descalzos por las calles, sobre pedregullo y asfalto, y entrenábamos sin protecciones. Eran finales de los años ochenta, una época en la que se creía que entrenar duro significaba emular a los viejos maestros de la JKA.

De hecho, en el *dōjō* contábamos con dos *makiwara* forradas con goma de neumático en la parte superior, donde golpeábamos hasta endurecer los nudillos.

Seguíamos un entrenamiento basado en la línea tradicional de la *Japan Karate Association* —*Nihon Karate Kyōkai*—, que había llegado a Sudamérica en los años sesenta de la mano del maestro Michihisa Itaya, llegado a Buenos Aires en octubre de 1966.

Tras su trágica muerte en un accidente automovilístico en 1972, su lugar fue ocupado por Mitsuo Inoue *Sensei*, quien continuó la enseñanza del estilo *Shōtōkan* bajo la dirección de la JKA. Él fue el primer japonés que conocí en persona; fuerte, de voz potente, inolvidable. Con él rendí todos mis exámenes de *kyū*.

Muchos años más tarde, ya en España, volví a entrenar en Logroño con el Dr. Rafael Ibáñez Moro, quien me mostró otra forma de hacer *Karate-dō*, dando

prioridad al dinamismo y practicar técnicas de piernas que me eran más difíciles que a otros compañeros. Aprendí mucho y sobre todo me divertí.

El camino me llevó a conocer a Nelson Carrión *Sensei* en 2014. Alumno directo de Hidetaka Nishiyama *Sensei*, con quien descubrí un nivel de detalle técnico y conceptual que me obligó a reiniciar todo lo aprendido. Me lo presentó Carlos Demarco *Sensei*, mi *Senpai* en Uruguay. Aquello fue como volver a empezar desde cero, pero también comprender por primera vez hacia dónde me conducía el *dō*. Desde entonces, entreno bajo sus enseñanzas —muchas veces en soledad—, aunque siempre guiado por sus palabras y su ejemplo.

Ese mismo espíritu lo reencontré en el *dōjō* de Stara Wieś, en Polonia, cuando tuve la oportunidad de entrenar con maestros como Mahmoud Tabassi, Albert Cheah, Włodzimierz Kwieciński y el propio Carrión. Allí, en los *gasshuku* de verano, volví a sentir lo mismo que en mi primer día en Paysandú; una mezcla de distancia y cercanía, de humildad y aspiración.

El entorno era moderno y confortable —piscina, sauna, tatami acolchonado, casas de estilo japonés en el centro de Polonia—, pero el temple marcial permanecía intacto. A pesar de tantas comodidades, la esencia era la

misma. Rodeado de más de trescientos karatekas, en su mayoría polacos, además de checos, rusos, ucranianos, brasileños y otras nacionalidades, volví a experimentar el verdadero espíritu del dojo; la marcialidad. Karatekas excepcionales, sin duda.

Tanto me impresionaron que, aquel verano de 2016, pensé que alcanzar su nivel me llevaría tres vidas. Eran inalcanzables.

Con el tiempo, y ya viviendo en Alemania, comencé a participar en sus torneos. Cada vez que subo al podio — sin importar el lugar—, mi satisfacción no está en la medalla, sino en saber que estoy un poco más cerca del camino correcto. Ese avance, debo decirlo, es fruto del método y la guía de *Sensei* Carrión.

Muchos siguen siendo artistas marciales más completos, pero gracias a sus enseñanzas he logrado acortar el tiempo de aprendizaje y comprensión. Por eso compito con ellos y no contra ellos, porque son mi medida, no mis rivales. Mi único propósito es superarme a mí mismo, ser mejor que la versión de ayer. Ni siquiera me gusta subir con una bandera; no represento a un país, represento mi búsqueda personal de crecimiento.

Sensei Carrión cree que no deberíamos competir, pero yo lo hago porque es mi oportunidad de compartir con personas que aman lo mismo que yo. La camaradería y las amistades que he forjado en esos torneos lo justifican con creces. Visitar Polonia, la República Checa, Italia, Francia, España o Brasil ha sido siempre un placer, porque en cada lugar el karate me ha regalado encuentros y amistades.

El *karate* nunca distingue entre ricos y pobres, entre universitarios y niños de escuela. Es universal. Aunque hablemos lenguas diferentes, siempre nos entendemos. Ese espíritu nació con Funakoshi *Sensei*.

Este camino me obligó a empezar de nuevo más de una vez. Cada maestro me transmitió el mismo mensaje esencial, pero con su propia forma de explicarlo. Esa es la belleza del *Karate—dō* tradicional; cada reinterpretación nace de una práctica incansable, como un pintor que primero domina la técnica hasta que, poco a poco, encuentra su propio estilo.

Recuerdo aquella pequeña foto en blanco y negro a la que todos saludábamos al entrar al *dōjō*. Un gesto sencillo, cargado de respeto hacia el hombre que dio forma a lo que hoy practicamos. Esa imagen me acompaña desde entonces, y en esta obra he querido

rendirle homenaje y por esto también forma parte de la portada. Quien ha practicado *Karate—dō Shōtōkan* sabe bien de qué foto hablo.

Este libro no pretende ser exhaustivo, sino ofrecer una narración donde se entrelazan historia y experiencia personal; un intento de honrar al maestro de nuestros maestros. Más que contar su vida, busca transmitir su espíritu, el mismo que aún se respira cada vez que un practicante de *Karate—dō* se inclina frente a esa foto y recuerda que, en última instancia, el verdadero combate es con uno mismo.

道の始まり

Michi no hajimari

Parte I

El comienzo del camino

Capítulo 1

Las cenizas de un sueño

Tokio, primavera de 1945

El vehículo avanzaba despacio —uno de esos coches viejos de la guerra, reparados una y otra vez, uno de los pocos automóviles civiles que habían escapado a la requisita militar— avanzaba con esfuerzo por un camino abierto entre escombros. Cada bache hacía vibrar el motor, y el olor a humo entraba por las ventanillas. Todavía se escuchaba el crujido de maderas quebrándose en la distancia.

El hombre al volante mantenía la mirada fija, los labios apretados. A su lado, su hijo de dieciséis años, observaba en silencio las ruinas por la ventanilla.

—Taka—chan... —dijo el padre al fin, usando el mote cariñoso de toda la vida—. Aún no entiendo por qué tú.

—¿Qué quieres decir, padre? —preguntó el joven al girarse.

—De todos sus discípulos, ¿por qué enviaron a un muchacho? ¿Por qué no vino uno de los alumnos más antiguos?

El hijo respiró hondo.

—Al principio iban a venir Obata—*senpai* o Egami—*sensei*. Incluso Nakayama—*senpai* lo consideró. Pero todos prefirieron quedarse allí, moviendo escombros, ordenando lo que se pudiera rescatar. Querían que, cuando *Sensei* llegara, viera al menos algo de dignidad entre las ruinas.

El padre arqueó las cejas.

—¿Y entonces?

—Entonces Nakayama—*senpai* dijo mi nombre. Dijo que yo siempre estaba dispuesto a ayudar. Y además... así podía viajar contigo.

El hombre dejó escapar una risa breve.

—Ese Nakayama... Pero aún pienso que es demasiada responsabilidad para alguien de tu edad.

—Tengo dieciséis, padre.

—Precisamente.

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé. Estaban todos de acuerdo. Y, después de tantos días encerrados por las sirenas y los bombardeos, la posibilidad de salir y pasear me pareció una buena idea.

—Sí, pero no es un paseo, Taka—chan. Preparar este coche para el viaje ya fue bastante complicado, y casi es un milagro que todavía siga en marcha. Solo espero que no nos dé problemas antes de llegar.

El muchacho se volvió hacia la ventanilla.

—Lo sé, no es un paseo. Y tampoco creo que vaya a ser un bonito escenario en mucho tiempo. Habrá que aprender a vivir en esta locura.

El hombre asintió.

—Es verdad. Ninguno de nosotros está de acuerdo con lo que ocurre. Pero todavía hay hombres que nos muestran otro camino. Y a esos hay que acompañarlos.

El muchacho bajó la mirada, con un orgullo tímido.

—Es distinto, padre... ¿Será porque no es japonés?

El hombre dejó escapar una leve sonrisa, casi divertida.

—No, Taka—chan. Claro que es japonés. Pero no es de aquí, no es de Tokio. Viene de Okinawa, y eso marca una diferencia.

El hijo lo miró, curioso.

—¿Qué tan distinto es crecer allí?

El padre asintió despacio.

—Mucho. Okinawa no vivió como nosotros esta fiebre de imperio y de conquista. Su gente se crió con otra música, otra calma. Es un pueblo que conoce la pobreza, la sencillez y la dureza del mar, no la soberbia de los uniformes ni los discursos grandilocuentes.

El muchacho dejó escapar un murmullo, como si entendiera de golpe algo importante.

—Entonces no es que sea menos japonés... es que aprendió a mirar el mundo de otra manera.

—Exacto —respondió el padre, con voz baja—. No lo formó la arrogancia de las ciudades, sino la humildad de una isla alejada. Por eso es distinto. Por eso parece más humano que todos nosotros.

El Toyota avanzaba despacio, como si también a él le costara atravesar las calles destruidas. En algunos tramos, los escombros obligaban al padre a maniobrar con cuidado, esquivando vigas quemadas, vehículos rotos y algún carro volcado. A los costados del camino, la gente empujaba carretillas cargadas con lo poco que les quedaba, otros se movían en bicicletas viejas y algunos tiraban de

pequeños carros improvisados, reemplazo obligado de los coches que la guerra les había arrebatado. Poco a poco, al dejar atrás el centro, el aire empezó a despejarse, menos humo, menos olor a ceniza.

Entraban en Mejiro, un barrio residencial que había resistido mejor los bombardeos. Allí, las casas bajas aún se mantenían en pie, algunas con jardines maltrechos pero vivos, como si se negaran a desaparecer del todo.

Mientras el coche avanzaba lentamente, el joven rompió el silencio.

—Padre... lo que aún no entiendo es por qué no vino su hijo.

—¿A cuál de sus hijos te refieres, a *Waka-sensei*?

—Sí, claro.

El hombre mantuvo la vista fija en el camino, y su voz bajó un tono.

—Eso es imposible. Esta misma mañana hablé con su hermano. Fue él quien me explicó todo. *Waka-sensei* apenas puede respirar ya. Es imposible que nos acompañe.

El joven lo miró con sorpresa.

—Él siempre fue fuerte... no tengo dudas de que saldrá adelante.

—Ojalá —murmuró el hombre, bajando la voz—. Pero no lo he visto en estos días, y su hermano me confesó que está muy mal. Apenas le queda energía; el desgaste se nota en cada gesto.

—Padre, ¿cómo se llama su hermano?

—Yoshihide, el mayor —respondió tras una breve pausa—. Fue él quien me indicó con detalle dónde encontraríamos a su padre. Me dijo que alguno de sus alumnos me acompañaría, pero no imaginé que serías tú.

—Ya sé quién es. Lo conocí en su casa hace un tiempo. Y creo que también tiene una hija; la he visto alguna vez cuando fui al dōjō a entrenar.

—Funakoshi-sensei tiene dos hijas, que yo sepa: Tsuru y Uto.

—Entonces... ¿cuántos hijos tiene Rō-sensei?

El padre soltó un leve suspiro.

—No estoy del todo seguro. Creo que en total son cinco. Incluso es posible que haya tenido algún otro hijo que murió en Okinawa, pero no podría afirmarlo con exactitud.

—Entonces, ¿fue Yoshihide quien te pidió que fuéramos a recoger a *Sensei*?

—No exactamente. Hace unos días recibí en la oficina una carta de Waka—*sensei*, traída por alguien. En ella me pedía este favor, porque decía que yo era de los pocos que aún conservaba un coche en marcha. Tuve que repararlo a toda prisa para este viaje, pero no supe decirle que no.

—Entiendo, padre.

—Imagino que luego le habrá pedido a Nakayama que buscara a alguien que me acompañara... y así terminaste aquí.

—Sí... puede ser.

El silencio llenó el coche unos segundos. Afuera, las ruinas pasaban lentas como fantasmas. El muchacho bajó la mirada, comprendiendo al fin.

—Seguro que es cosa de Waka—*sensei* —dijo finalmente, con un hilo de voz.

El padre asintió despacio.

—Sí, Taka—chan. Es muy probable. Enfermo y todo, Waka—*sensei* sigue organizándolo todo.

El hijo preguntó, curioso:

—Padre, ¿y por qué está aquí Funakoshi—*sensei*? ¿lo sabe? Supongo que tendrá amigos, o algún familiar aquí... —murmuró el joven.

—Quizás —respondió el padre tras una pausa—. La verdad es que no lo sé. Puede que hayan sido sus hijos quienes lo animaron a quedarse en este barrio: lo bastante lejos del centro devastado, pero tampoco demasiado apartado de ellos.

—¿Su esposa está con él?

—Creo que no. Las mujeres y los niños fueron evacuados a distintos lugares. No sé si ella habrá podido regresar ya.

—¿Sabrá en qué estado quedó su casa?

—No lo sé —murmuró el padre—, pero debe imaginarlo. Si el dōjō está destruido, es difícil pensar que su casa —que estaba justo enfrente— haya podido salvarse.

El muchacho fijó entonces la mirada.

A lo lejos, junto a un árbol que sobrevivía torcido entre los restos, una figura aguardaba en silencio.

—Padre... ahí está —susurró, alzando la mano—. Mírelo.

El coche redujo la marcha. Ambos quedaron callados, casi conteniendo el aliento. Allí estaba Funakoshi, con setenta y seis años. De pie, el cuerpo delgado y ligeramente inclinado por los años, pero vestido con un kimono de seda gris impecable. Sostenía el sombrero por las alas, apretándolo contra el pecho, como si ese gesto bastara para dar solemnidad al momento.

No era alto ni fuerte, y sin embargo su sola presencia parecía llenar todo el espacio alrededor. Al ver el coche llegar a lo lejos, se enderezó con calma.

El padre bajó la voz, como temiendo romper el instante;

—¿Lo ves? Así es siempre. No importa la edad, ni la ruina que lo rodea. Tiene algo... algo que no se puede explicar.

El muchacho lo contemplaba fascinado, con los ojos brillantes.

—Por eso lo seguimos, ¿verdad?

—Sí, Taka—chan. Porque algunos hombres no necesitan gritar su grandeza. Basta con estar de pie.

El coche se detuvo suavemente. Funakoshi levantó la vista hacia ellos. Con calma, se colocó el sombrero sobre la cabeza, como quien recibe una visita importante.

Cuando el joven bajó apresurado y se inclinó profundamente, el hombre de avanzada edad para la época respondió con una sonrisa serena, apenas dibujada, que bastaba para aliviar la tensión de aquel encuentro.

—Ah... enviaron al más joven a buscar al más viejo —dijo con una leve sonrisa, posando sus ojos en el muchacho—. Hidetaka, ¿cómo te encuentras?

El adolescente levantó la cabeza, sorprendido de que lo nombrara directamente. No sonaba a reproche, era un guiño afectuoso, cargado de calidez.

El padre dio un paso al frente, inclinándose con respeto.

—Funakoshi—*sensei*, hemos venido a buscarlo para acompañarlo al *dōjō*. Lo están esperando los demás.

—Lo que queda del *dōjō*... —corrigió el maestro con serenidad, sin alterar el tono.

Ambos hicieron una mueca, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Por favor, *Sensei* —dijo el padre, extendiendo el brazo hacia el automóvil.

Funakoshi se acomodó el sombrero con calma y avanzó con pasos cortos y firmes hacia el coche.

—¿Dónde me siento? —preguntó, como si lo que importara fuera solo la cortesía del gesto.

El joven respondió con entusiasmo contenido:

—*Rō-sensei*, irá más cómodo detrás.

El anciano asintió, se quitó el sombrero y lo dejó con cuidado a un lado del asiento trasero antes de acomodarse con dignidad detrás del conductor.

El muchacho volvió a su lugar, junto a su padre, en el asiento delantero. Desde allí, con solo girar la cabeza, podía ver el perfil del maestro, absorto en lo que pasaba más allá de la ventanilla.

El volante estaba a la derecha, como en todos los automóviles japoneses. En el espejo retrovisor, el padre veía el rostro de Funakoshi, sereno, sin abatimiento ni ira, recogido en sus pensamientos.

El muchacho guardó silencio. Sintió que aquella imagen quedaría grabada para siempre: el hombre al que todos llamaban *Rō-sensei*, o simplemente *Sensei*, sentado en el asiento trasero del coche de su padre —uno de los pocos que aún funcionaban en todo el círculo cercano al

maestro—, irradiando la serenidad de quien ha aprendido a aceptar tanto la vida como la ruina.

—*Sensei*, tardaremos algo más de una hora en llegar al *dōjō*, quizá dos —advirtió el padre—. Los caminos siguen llenos de escombros y hay cuadrillas trabajando en la limpieza. Además, hay controles en varias intersecciones.

Funakoshi asintió lentamente, sin apartar la mirada de la ventanilla.

—No hay problema —respondió con voz serena—. No tengo prisa por llegar.

Tras unos segundos, el joven se animó a preguntar:

—¿Su esposa se encuentra bien?

El maestro inclinó apenas la cabeza.

— Gracias por preguntar Hidetaka. Sí, se encuentra bien. Gosei está con mis hijas. En cuanto sea posible, nos reuniremos.

Sus ojos se perdieron en el paisaje arrasado, mientras el coche avanzaba entre ruinas y figuras que cargaban maderas. En su semblante no había impaciencia, solo la melancolía de quien contempla el mundo en

silencio, pensativo, con la calma de haber aprendido a aceptar lo inevitable.

Capítulo 2

El consejo del médico

Shuri, Reino de Ryūkyū. Otoño de 1874

Un médico de confianza de la familia llegó al atardecer, cuando el aire húmedo arrastraba el olor salobre desde el puerto y el viento del norte hacía crujir los postigos de madera. Las sombras se alargaban sobre las tejas rojas, gastadas por la brisa marina. Traía consigo su maletín de madera pulida y esa cortesía medida, casi ceremonial, propia de quien servía a familias de funcionarios.

El pequeño Gichin tenía cinco años, aunque en pocas semanas cumpliría seis, con un cuerpo tan frágil que cada respiro parecía un esfuerzo. Su pecho estrecho y hundido hacía que el aire entrara con dificultad, como si debiera abrirse camino a la fuerza. Lo observaban en silencio, la madre junto a él, con la mano lista para sostenerlo, y el padre, Gishū Funakoshi, de pie con gesto preocupado.

El médico inclinó el oído sobre el niño, recorrió con sus dedos la espalda huesuda y, al terminar, dejó escapar un suspiro. Ese sonido quedó suspendido en la habitación, invisible y tenso, como una cuerda a punto de romperse.

—Es débil —dijo al fin, con voz baja, como temiendo herir—. Muy débil. Necesitará cuidados. Poca calle. Poca intemperie. Mucha calma.

La madre apretó los labios, conteniendo las palabras. El padre dio un paso adelante.

—¿Se recuperará? —preguntó, con la voz cargada de inquietud.

El médico lo sostuvo con la mirada y habló despacio, como quien carga una verdad pesada;

—Lo atiendo desde que nació. De pequeño tuve más dudas, parecía que no pasaría del primer invierno... y, sin embargo, siempre logró levantarse. Eso me da esperanza. Pero también debo decirles la verdad, cada año el mal lo golpea con más fuerza, y le toma más tiempo recuperarse.

Abrió su maletín y sacó un pequeño envoltorio de papel con hojas secas.

—Seguiremos con la misma medicina, pero aumentaré la cantidad. Son hierbas que ayudan a calentar el pecho y a despejar la respiración, regaliz, jengibre seco y un poco de canela. Que las tome hervidas en agua, dos veces al día, durante un mes. El cuerpo necesita ayuda

para ganar tiempo... y el tiempo, a veces, es el mejor remedio.

—¿Hay algo más que podamos hacer por él? — preguntó Gishū Funakoshi, con la voz cargada de preocupación.

El médico lo miró en silencio, luego volvió los ojos al niño.

—No por ahora. Su cuerpo es demasiado frágil. Si lo forzamos, crecerá con más problemas de los que ya tiene. Pero en un futuro, debería aprender *Tōde* —afirmó.

El pequeño Gichin, sentado a un lado, escuchaba inmóvil, con los ojos grandes fijos en el médico.

El hombre continuó;

—De momento, lo mejor es que se concentre en el estudio. Que pase más tiempo bajo techo, lejos de los cambios bruscos de aire y humedad. Eso le dará calma y lo mantendrá a salvo. A veces la disciplina de las letras es el mejor remedio.

Gishū asintió lentamente, guardando silencio. Sabía que su hijo era frágil, pero también intuía que esa serenidad en sus ojos escondía algo más. Aunque el

médico dudara de su cuerpo, él confiaba en que el espíritu del niño encontraría el camino para fortalecerse.

Desde entonces, la casa cambió de sonido. En lugar de los gritos de otros niños que correteaban tras los cangrejos en el arroyo, la voz del pequeño repetía sílabas junto al tatami. Los vecinos lo veían pasar por el umbral y decían “pobrecito”, pero él parecía no oírlos. Se sentaba junto a la luz oblicua de la tarde con un pincel demasiado grande para sus dedos y copiaba caracteres, muy despacio, como si cada trazo fuera una respiración que había que aprender.

No jugó a las luchas en el polvo. No subió a las ramas más altas del árbol de *fukugi* ni se raspó las rodillas en las cuestas detrás del santuario. En cambio, aprendió a escuchar. A oír la lluvia llegar desde el mar antes de que las nubes aparecieran. A distinguir el crujido de las fibras en la estera cuando alguien entraba con prisa. A oler el *awamori* en el aliento de los hombres al final de la tarde, y a saber que, detrás de cada carcajada, había una historia.

Los otros niños, curtidos por el sol y por la calle, se reían en voz alta cuando lo veían tan serio y delgado. A veces lo empujaban al pasar y salían corriendo entre risas. Gichin no se quejaba, había aprendido que el dolor

siempre llegaba tarde, como un eco. Había encontrado una trinchera en las páginas. Allí podía ser fuerte, allí las manos sabían más que el cuerpo. Dibujaba, pintaba, escribía poemas breves que no mostraba, apenas trazos de tres o cuatro líneas donde el mar y el viento eran amigos que lo visitaban cada tarde.

Pasó buena parte de su niñez en casa, dedicado a la caligrafía y a la literatura más que a los juegos físicos. También asistía a la escuela de Shuri, donde al principio recibía la enseñanza tradicional del antiguo Reino de *Ryūkyū*. Pero en 1879 todo cambió, el reino fue abolido y convertido en la Prefectura de Okinawa, y él pasó a estudiar bajo el sistema japonés.

Tenía entonces diez años. Fue en esas aulas donde se hizo compañero y amigo del hijo de Anko Asato. Aún no lo sabía, pero esa amistad marcaría el comienzo de un camino que transformaría su vida.

Capítulo 3

**Sin preguntas no hay
respuestas**

El coche avanzaba despacio, sorteando montículos de ceniza y vigas ennegrecidas que aún exhalaban humo en los bordes de la calle. Tokio respiraba un silencio herido, un murmullo apagado donde antes había risas, pregones de mercado y pasos apresurados. Cada curva era un recordatorio de la guerra, columnas torcidas, techos vencidos, cicatrices abiertas en la tierra.

En el asiento trasero, el maestro Funakoshi observaba por la ventanilla. El *kimono* gris se plegaba en arrugas sobre sus rodillas, donde reposaban unas manos delgadas, inmóviles. Su rostro, sereno y austero, no dejaba adivinar si contemplaba las ruinas frente a él o recuerdos mucho más antiguos. El día anterior había recibido a su hijo Giei, quien lo convenció de aceptar la ayuda de Nishiyama para llegar al *dōjō* destruido. Lo que no había esperado era hacerlo en coche.

En el asiento delantero, Hidetaka, de dieciséis años, lanzaba miradas furtivas hacia atrás. Había aguardado toda la mañana ese instante, estar a solas con él, lejos del *dōjō*, con la ilusión de atreverse a preguntar lo que tantas veces había callado. No sabía aún qué palabra elegir ni por dónde empezar, pero tenía claro que estar tan cerca del maestro era como estar junto a una fuente, bastaba inclinarse para beber.

El primero en romper la calma fue el hombre al volante, padre de Hidetaka, abogado de profesión:

—*Sensei*, lamento no poder ir más rápido. Los caminos siguen cubiertos de escombros.

Funakoshi asintió lentamente, sin apartar la mirada de la ventana.

—Sin prisas —respondió con voz grave—. El tiempo ya no se mide igual para mí.

El silencio volvió a llenar el coche, denso y expectante. Entonces, el muchacho se inclinó un poco hacia atrás y, con respeto, dejó escapar su voz contenida;

—*Rō-sensei*... ¿puedo preguntarle algo?

El anciano giró la cabeza y lo miró. En su calma había un peso que hacía innecesario cualquier reproche.

—Pregunta, Hidetaka. Pregunta siempre. La única manera de aprender es atreverse a preguntar primero.

El muchacho tragó saliva.

—He leído algunos de sus libros, *Sensei*... —dijo con timidez—. ¿Cuál fue su maestro preferido? ¿Y por qué tuvo dos?

—¡Hidetaka! —intervino el padre de inmediato, frunciendo el ceño—. No seas impertinente.

Funakoshi levantó ligeramente la mano, deteniendo el reproche con un gesto sereno.

—No se preocupe, señor Nishiyama —respondió con suavidad—. La pregunta de su hijo no es inoportuna. Al contrario, es valiosa. Además, si conversamos, el viaje se hará más corto para todos.

El muchacho bajó la mirada un instante, pero la volvió a alzar, esperanzado. Funakoshi lo observaba con esa calma de quien sabe que las preguntas nacen de la inquietud más genuina.

—Verás, Hidetaka —comenzó el maestro—, la vida me puso en el camino de dos hombres muy distintos y, al mismo tiempo, profundamente unidos en el arte del *Te*, como lo llamábamos en Okinawa. Uno fue el maestro Ankō Asato; el otro, Ankō Itosu. A ambos debo lo que soy, y a ambos honro cada vez que enseño. Aunque tuve el privilegio de aprender de otros, fueron ellos quienes más me marcaron. Todo lo que transmito tiene sus raíces en sus enseñanzas.

Incluso mi propio padre conocía algo de *Te*. Pero en Okinawa nada se enseñaba de manera formal, la

práctica era casi siempre clandestina, sin reglas escritas ni escuelas organizadas. No había manuales, ni títulos, ni ambición de estilos. Cada maestro enseñaba lo que había aprendido y, sobre todo, lo que él mismo había descubierto útil en su experiencia.

Así, los movimientos se transmitían como una antorcha que pasaba de mano en mano. Con el tiempo, en cada aldea ciertos gestos cobraban más importancia que otros, y poco a poco se transformaban en técnicas más depuradas. De allí nacieron las distinciones que hoy llamamos *Shuri—te*, *Naha—te* y *Tomari—te*. No porque fueran artes diferentes, sino porque los hombres, para comprender, tienden a clasificar. En el fondo, todas compartían el mismo espíritu, proteger la vida, temprar el carácter y fortalecer el cuerpo.

La diferencia estaba en la mirada de cada maestro. Uno daba más importancia a la respiración, otro a la fluidez, otro a la velocidad. Y, al insistir en esos aspectos, acababan perfeccionándolos. Sus discípulos continuaban ese perfeccionamiento y así, poco a poco, nacieron las corrientes que conocemos.

La mayoría repetía sin preguntarse por qué. Se hacía así porque funcionaba, y bastaba con eso. Pero yo

tuve la fortuna de contar con maestros que no temían a las preguntas. Siempre me animaron a cuestionar y, cuando no tenían respuesta, tenían la humildad de enviarme a buscarla en otro maestro. Esa es la verdadera grandeza, aceptar que el conocimiento nunca es completo, que sólo se comparte y se amplía juntos.

Por eso visité a distintos maestros y observé con atención sus diferencias, hasta comprender que todas compartían un mismo fundamento. Allí entendí el verdadero valor de los *kata*. No eran una coreografía vacía, sino un lenguaje silencioso, un manual escrito en movimientos. En ellos se guardaba la memoria de los maestros del pasado y la posibilidad de descubrir el sentido profundo de cada gesto.

—*Sensei*, si los *kata* son un lenguaje, ¿cómo se aprende a leer lo que está escondido en ellos?

—La verdadera esencia del *Te* —respondió el maestro tras una breve pausa— es comprender antes de ejecutar. Solo cuando sabes por qué se mueve la mano... es cuando, en realidad, se mueve el espíritu.

—¿Entonces con ellos aprendió a dar sentido a cada movimiento? —preguntó Hidetaka, inclinándose hacia delante.

—Podría decirse que sí —asintió el maestro—. Pero la explicación es más compleja. Y como el tiempo hoy está de nuestro lado, profundicemos en ello, si te parece bien.

—Será un honor, *Sensei* —dijo el muchacho, inclinándose en una pequeña reverencia de gratitud desde su asiento.

Mientras el coche avanzaba lentamente entre los escombros de la ciudad. Afuera, las ruinas de Tokio parecían escuchar también la voz del anciano.

—El maestro Asato —continuó Funakoshi— era un hombre de espíritu noble, severo y sabio. Provenía de una familia de cierta posición, y además de dominar el arte del *Te*, había sido educado en la equitación, la esgrima y las artes militares. Era un estratega, alguien que comprendía que el combate no es sólo el choque de fuerzas, sino el cálculo preciso del momento. De él aprendí la importancia de la disciplina interior y de la estrategia.

Hizo una pausa; y sus ojos parecieron detenerse en un recuerdo.

—Asato tenía la costumbre de hacerme repetir un solo movimiento durante horas, a veces durante días. No buscaba que yo memorizara una técnica, sino que me fundiera con ella hasta que ya no hubiera diferencia entre

el gesto y mi propio ser. “*No te conformes con aprender el kata*”, me decía, “*convírtete en el kata*”.

El muchacho escuchaba fascinado, inclinándose hacia atrás en el asiento para no perder palabra.

—Y luego estaba Itosu-sensei —prosiguió Funakoshi—. Era distinto. Más accesible, más cercano al pueblo. Se preocupaba por los niños y fue él quien insistió en que el *Te* debía dejar de ser un secreto transmitido en patios ocultos para entrar en las escuelas. Tenía un corazón generoso y entendía que el futuro del arte no estaba en los adultos ya formados, sino en los jóvenes que aún podían moldearse. Con él aprendí no solo técnicas, sino también la paciencia y la claridad necesarias para transmitir las. Fue Itosu-sensei quien creó muchos de los *kata* básicos que aún hoy practicamos, por ejemplo los *kata* que hoy llamamos *Heian*. Él los creó bajo el nombre okinawense de *Pinan*, y los diseñó pensando en los estudiantes, para ofrecerles un sendero seguro al iniciarse en el arte.

—Entonces... ¿creó los *Pinan* para que pudiéramos entender con más facilidad los *kata* antiguos? —preguntó Hidetaka.

—No exactamente —respondió el maestro, con voz pausada—. Itosu-sensei no pensaba en los *kata* antiguos

como un enigma que hubiera que simplificar. Lo que buscaba era ofrecer a los jóvenes, especialmente a los niños, un camino que pudieran recorrer con su cuerpo todavía inmaduro. Los movimientos de los *kata* tradicionales podían resultar demasiado exigentes para su motricidad, demasiado ásperos para unos músculos y articulaciones que apenas comenzaban a formarse. Por eso creó los *Pinan*, no como una copia sencilla de lo antiguo, sino como un puente que los preparara en disciplina, en equilibrio y en claridad de gesto, para que más adelante, cuando su cuerpo se hiciera fuerte y su mente se templara, pudiera adentrarse en los *kata* más antiguos y comprenderlos con verdadera profundidad.

—¿Por qué se cambió el nombre por *Heian, Sensei*?
—preguntó Hidetaka con respeto.

Funakoshi inclinó la cabeza apenas, como si retrocediera en el tiempo.

—Porque los nombres encierran un espíritu, y cada espíritu debe encontrar su lugar en la lengua de quienes lo practican. Cuando Itosu-sensei creó esos *kata* y los llamó “*camino hacia la paz y la tranquilidad*” —que es lo que significa *Pinan* en *uchināguchi*, la lengua de Okinawa—, estaba pensando en los niños de la isla. Pero

cuando llevé el *Tōde* a Japón, descubrí que, para los japoneses, la palabra *Pinan* resultaba difícil de pronunciar y aún más de recordar.

Hizo una pausa, y sus manos delgadas se movieron sobre las rodillas como acompañando el recuerdo.

—En japonés, la pronunciación natural transformaba *Pinan* en algo cercano a *Heian*. Y como *Heian* significa también “paz y calma”, comprendí que era una solución perfecta. Conservaba el sentido original y, al mismo tiempo, adquiriría una resonancia más clara para los estudiantes japoneses. Cambié el nombre no para alterar la intención de mi maestro, sino para que su enseñanza pudiera ser comprendida, repetida y transmitida sin tropiezos en una tierra nueva.

Alzó la mirada hacia Hidetaka y añadió con tono firme pero sereno:

—El nombre cambia, pero el espíritu no. Itosu-*sensei* quería que esos kata abrieran el camino a todos los jóvenes. Yo sólo me aseguré de que ese camino pudiera recorrerse también en Japón, con la misma claridad con que él lo soñó en Okinawa.

El padre de Hidetaka, sin apartar la vista de la carretera, intervino con respeto:

—Entonces, *Sensei*, ¿podría decirse que uno fue el guardián de la tradición y el otro el sembrador del futuro?

Funakoshi asintió con lentitud.

—Es una imagen justa. Asato cuidaba la raíz, el espíritu profundo del arte, con la severidad de un samurái. Itosu, en cambio, abrió las ramas hacia la sociedad, hacia los niños, hacia la modernidad. Yo tuve la fortuna de beber de ambas fuentes. A veces pienso que, sin esos dos hombres, el karate nunca habría salido de Okinawa ni habría llegado al Japón.

—¿Y cómo ayudan estos kata básicos, si me permite la pregunta, a entender mejor un movimiento, *Sensei*?

—Pongamos un ejemplo —dijo Funakoshi con calma—. El primer movimiento del kata *Pinan Nidan*, que tú conoces como *Heian Shodan*.

—Bueno... se comienza con un bloqueo bajo, *gedan-barai*, y luego se ataca con *tsuki* —respondió el alumno con seguridad.

—Exacto, esos son los gestos visibles. Pero dime, ¿qué crees que se busca realmente con esos dos movimientos?

—Según nos explicaron... —empezó a decir, pero el maestro lo interrumpió suavemente.

—No. No quiero que repitas lo que escuchaste —dijo el maestro con calma—. Tú practicas *Kendō*, ¿verdad? Entonces quiero tu propia interpretación de esos movimientos.

Nishiyama se acomodó en su asiento con la seriedad de quien se enfrenta a un examen. Guardó silencio unos instantes y, al fin, con voz firme, respondió;

—Para mí, *Sensei*, más que un bloqueo... el primer movimiento es un ataque.

Funakoshi inclinó levemente la cabeza, con un gesto que lo animaba a desarrollar la idea.

El joven continuó:

—Si lo pienso como dos movimientos separados, primero defensa y luego ataque, siento que tardo demasiado en responder. En ese caso, el *tsuki* sería el único golpe real, y el primer gesto quedaría limitado a evitar un ataque... quizá a bloquear o desviar una *mae-geri* dirigida al pecho.

—Entonces, ¿cómo lo interpretas tú? —preguntó Funakoshi con calma.

—Para mí, el primer “bloqueo” no es defensa, sino ataque. Lo ejecuto como si golpeará el muslo del oponente, y de inmediato enlace el *tsuki* al pecho. Lo concibo como un solo movimiento con dos impactos. Es... atacar al ataque, si me permite decirlo así.

Funakoshi asintió lentamente.

—Eso es, muchacho. Esa interpretación que has hecho es la esencia de un *kata*. Con el tiempo, cada practicante descubre su propio sentido en cada movimiento. Ese es su secreto, su lenguaje. El *kata*, por sí mismo, no es más que una coreografía. Pero cuando quien lo practica encuentra su aplicación, el gesto deja de ser vacío y se convierte en parte del instinto. Entonces ya no importa preguntarse por qué se mueve la mano... porque, llegado el momento, simplemente se moverá. ¿Lo entiendes ahora?

El silencio llenó la sala por unos instantes, hasta que una voz sincera lo quebró:

—Gracias, *Sensei*. Su explicación... no la olvidaré jamás.

El coche dobló por una calle menos cargada de escombros. La tarde se abría paso entre edificios heridos por la guerra.

—*Sensei...* ¿y cuál de sus dos maestros le marcó más? —preguntó Hidetaka.

El anciano dejó escapar una sonrisa leve, como si aquella duda lo hubiera acompañado siempre.

—No puedo elegir, Hidetaka. Sería como preguntarle a un árbol cuál de sus raíces le da más vida. De Asato recibí el rigor, la disciplina del espíritu, la certeza de que cada paso debía darse con plena conciencia. De Itosu recibí la claridad, la paciencia con quienes apenas comienzan. Juntos me dieron equilibrio, la raíz y la rama, la severidad y la compasión.

El silencio llenó el coche. Afuera, un grupo de niños descalzos corría entre ruinas con risas que parecían desafiar la tragedia. Funakoshi los siguió con la mirada, y su voz se volvió un murmullo:

—Itosu-sensei solía decirme que el arte no tiene sentido si no puede transmitirse. “¿De qué sirve tu fuerza si no enseñas a otros a ser fuertes?”, me repetía. Y tenía razón.

El joven Hidetaka, conmovido, preguntó en voz baja:

—¿Entonces todos necesitamos más de un maestro?

Funakoshi lo miró con ternura.

—En la vida tenemos muchos maestros, aunque no siempre los llamemos así. Nuestros padres lo son. También los maestros de escuela, o el del *dōjō*. De cada uno aprendemos algo, pero somos nosotros quienes decidimos qué conservar. Lo importante es aprender a mirar desde distintos ángulos.

El padre, al volante, intervino al fin:

—Entonces *Sensei*, el *Karate—dō* es, en buena medida, la unión de esas dos miradas.

—Exactamente —respondió Funakoshi—. Asato me dio la raíz; Itosu, la rama. Yo sólo fui el puente que unió ambas.

La conversación prosiguió con recuerdos de noches repitiendo un único golpe bajo la luz temblorosa de una lámpara de aceite, y de mañanas en que Itosu reunía a los niños en un patio de tierra. No eran simples historias técnicas, eran lecciones de vida, principios que traspasaban el *dōjō*.

Hidetaka escuchaba con los ojos encendidos. Comprendió, quizá por primera vez, que el karate que practicaba no era obra de un solo hombre, sino de una

cadena de maestros que habían sabido dar y recibir en el momento justo.

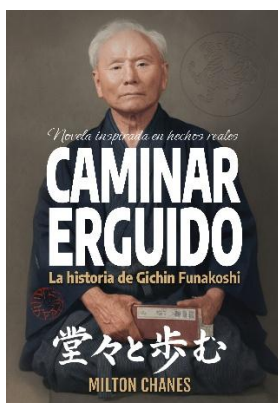
Funakoshi se recostó suavemente, girando el sombrero entre los dedos como quien acaricia un recuerdo. Su mirada perdida en la ventana revelaba que, mientras el coche seguía su camino, su pensamiento ya había emprendido otro viaje.

Adéntrate en un mundo donde la historia y la ficción se entrelazan. Esta novela ofrece una poderosa e inmersiva reinterpretación de la vida de Gichin Funakoshi, combinando hechos documentados con una narrativa cautivadora para dar vida a su recorrido.

A lo largo de más de 600 páginas, la historia explora la disciplina, la perseverancia y el espíritu del Karate-Do.

Descubre la historia completa y continúa el viaje. Disponible en Amazon en formato de tapa blanda y dura, además de la versión en ebook. El libro está disponible en varios idiomas como: Español – Inglés – Portugués – Francés – Italiano - Alemán

Encuentra todos los enlaces a los idiomas publicados en www.miltonchanes.de



Índice de contenido

Prólogo	9
Introducción	15
Parte I	25
El comienzo del camino.....	25
Capítulo 1	27
Las cenizas de un sueño.....	27
Capítulo 2	43
El consejo del médico	43
Capítulo 3	51
Sin preguntas no hay respuestas	51
Capítulo 4	Error! Bookmark not defined.
Manos chinas.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 5	Error! Bookmark not defined.
La única pelea que importa.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 6	Error! Bookmark not defined.
<i>Sōkon Matsumura</i> , el gran maestro del Shuri—te.....	Error!
Bookmark not defined.	
Capítulo 7	Error! Bookmark not defined.
El eco de Matsumura.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 8	Error! Bookmark not defined.
El lenguaje oculto del movimiento	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 9	Error! Bookmark not defined.
La cola del tigre	Error! Bookmark not defined.

Capítulo 10	Error! Bookmark not defined.
Tora no maki	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 11	Error! Bookmark not defined.
Volver al origen.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 12	Error! Bookmark not defined.
El nacimiento de los Pinan	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 13	Error! Bookmark not defined.
La fuerza de las letras	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 14	Error! Bookmark not defined.
Meisei—juku	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 15	Error! Bookmark not defined.
El arte de Okinawa.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 16	Error! Bookmark not defined.
Completar el círculo	Error! Bookmark not defined.
Parte II	Error! Bookmark not defined.
El espíritu del dōjō	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 17	Error! Bookmark not defined.
El recibimiento	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 18	Error! Bookmark not defined.
El maestro embajador	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 19	Error! Bookmark not defined.
Más allá de las ruinas	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 20	Error! Bookmark not defined.
El heredero.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 21	Error! Bookmark not defined.
Instantes almacenados	Error! Bookmark not defined.

Capítulo 22.....	Error! Bookmark not defined.
La botella interminable.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 23.....	Error! Bookmark not defined.
Rostros desvanecidos	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 24.....	Error! Bookmark not defined.
El americano	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 25.....	Error! Bookmark not defined.
El luchador de Ryuku	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 26.....	Error! Bookmark not defined.
El guerrero con paraguas y geta	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 27.....	Error! Bookmark not defined.
La fuerza de los principios	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 28.....	Error! Bookmark not defined.
Nijū—kun	Error! Bookmark not defined.
Karate-dō Nijū-kajō	Error! Bookmark not defined.
Parte III	Error! Bookmark not defined.
No es un reino	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 29.....	Error! Bookmark not defined.
Entre el budō.....	Error! Bookmark not defined.
y la burocracia	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 30.....	Error! Bookmark not defined.
Ahora que Gigō no está.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 31.....	Error! Bookmark not defined.
Aprender a preguntar.....	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 32.....	Error! Bookmark not defined.
Recuperar el control.....	Error! Bookmark not defined.

Capítulo 33	Error! Bookmark not defined.
Dejar ir	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 34	Error! Bookmark not defined.
Flores en cada estación	Error! Bookmark not defined.
Parte IV	Error! Bookmark not defined.
Nuevos tiempos	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 35	Error! Bookmark not defined.
Asociación primero, estilo después	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 36	Error! Bookmark not defined.
Kanpai de tregua	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 37	Error! Bookmark not defined.
El príncipe que no llegó a rey	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 38	Error! Bookmark not defined.
Nihon Karate Kyōkai	Error! Bookmark not defined.
Parte V	Error! Bookmark not defined.
El legado	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 39	Error! Bookmark not defined.
Beijū	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 40	Error! Bookmark not defined.
Papel sellado	Error! Bookmark not defined.
Parte VI	Error! Bookmark not defined.
El adiós	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 41	Error! Bookmark not defined.
El papel y el fuego	Error! Bookmark not defined.
Parte VII	Error! Bookmark not defined.
Shotōkan	Error! Bookmark not defined.

Capítulo 42.....	Error! Bookmark not defined.
Shiai	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 43.....	Error! Bookmark not defined.
La casa de Shōtō	Error! Bookmark not defined.
Parte VIII	Error! Bookmark not defined.
El final del camino	Error! Bookmark not defined.
Capítulo 44.....	Error! Bookmark not defined.
Promesa de fuego	Error! Bookmark not defined.